

Juan Eusebio Nieremberg

La grande deuda que debemos a nuestro Creador

En consonancia con la misericordia que muestra en la parábola evangélica el Señor al perdonar la deuda, traemos aquí en extracto, y con inclusión a veces de los párrafos principales, el c. 7 del libro 2 de la obra del P. Nieremberg titulada *De la hermosura de Dios y de su amabilidad*. El propio autor titula así el referido capítulo: *Cómo la gracia, que, según Aristóteles, acompaña a la hermosura, se halla en Dios*. Trátase de la misericordia divina' (cf. 3º ed. Hijos de Gregorio del Amo, Madrid 1905, p.391-420).

A) La hermosura de Dios y la misericordia

'La gracia es distinta de la hermosura, y consiste en 'aquella gallardía y perfección del obrar y hacer bien alguna acción de que suelen pagar mucho los hombres y se prendan los corazones. Por esto definen a la gracia diciendo que es un resplandor exterior de la razón... La cual es grande ornamento de la hermosura'.

En Dios, la gracia del obrar corre parejas con la hermosura del ser, y no pudiendo ahora examinar todas sus obras, estudiaremos la principal y más abundante, o sea su misericordia, que es donde mejor resplandece su gracia.

B) Grados de su misericordia

Infinita es su misericordia, que nos sacó del no ser al ser y de éste nos elevó al sobrenatural, 'pero sobre todo donde mostró más primor y gracia fue en la obra de nuestra redención..., echando en ella el resto de su omnipotencia'.

Así, pues, los grados de la misericordia divina son:

- a) el levantarnos a la cumbre del ser;
- b) el ordenarnos mediante la gracia a una bienaventuranza sobrenatural;
- c) el restaurarnos mediante la redención. ¡Un Señor que no tiene necesidad de nada y que en un punto pudiera crear infinitad de hombres santísimos, muere por Adán traidor!

C) Grandeza de la misericordia de la redención

- a) Grande en sí misma

Dios encarna a su Hijo para que muera... No fuera mayor misericordia el habernos perdonado gratuitamente, pues así cumplió también con la justicia. Grande también por cuanto ha levantado un hombre hasta sentarlo en su mismo trono para que sea adorado. No hay cosa que celen más los reyes que la singularidad de su cetro, y ved aquí a Dios compartiendo el suyo con un hombre.

b) Grande en los efectos que superan todos nuestros deseos porque

1) Nos libra del pecado, supremo mal, que por tener maldad infinita es irremisible, según la ley ordinaria, y ocasiona de suyo la muerte irreparable del alma. Pues bien, la redención hizo facilísima cosa tan difícil como salir del pecado.

2) Nos libró del infierno. Si sacarnos de un calabozo en donde hubiéramos de permanecer, sin ver el sol veinte años, se tendría por gran beneficio, 'qué será librar de aquella horrenda cárcel del infierno, región de oscuridad y tinieblas, donde por eternidad de eternidades se había de estar entre incomparables tormentos?'

3) Enseñó doctrina admirable y reveló secretos celestiales a aquel mundo envuelto en tan grandes tinieblas que no sólo los hombres adoraban por dioses a otros hombres, sino a los brutos y las piedras. Otro incomparable beneficio fueron sus ejemplos santísimos.

'Con este beneficio de la doctrina y el ejemplo nos quitó las grandes dificultades que padecía la virtud, porque lo que la hace más ardua es que las cosas espirituales no nos mueven y las sensibles pueden mucho con nosotros', ya que la voluntad sigue a la aprensión y estima de las cosas sensibles, éstas se perciben mucho más vivamente. A este mal ocurrió Cristo con su doctrina y nos puso delante de los ojos un dechado sensible de toda perfección, lo cual es un singular fruto de la Encarnación del Verbo.

4) Nos reintegró a su amistad, no contento con habernos perdonado el castigo. Incomparable beneficio, así por el estado de donde sale uno como por la cumbre a que es ensalzado.

Mídanse los extremos y veamos la distancia que hay de un pecador a una naturaleza inocente, de ésta a una angélica y de los ángeles al estado de hijos de Dios. Pues, bien, todo este salto nos ha hecho dar Cristo en un solo instante.

5) Nos legó el tesoro inmenso de sus méritos por los cuales no sólo se nos perdona una vez, sino millones de veces, que hubiéremos pecado. ¿Qué príncipe lo ha hecho con un reo que lo fuera veinte veces de lesa majestad?

Añadamos que a este beneficio se llega tan fácilmente que nos basta con un

acto de la voluntad, un simple momento de contrición. Pudo Cristo pedir gran aparato de cosas dificultosas, y exigió sólo ceremonias fáciles, como los sacramentos.

6) Fue grande, en fin, la misericordia de la redención, porque supo Dios acompañarse de otros grandes atributos divinos que resplandecen en ella.

No es posible mayor obra de justicia que porque no se falte un punto a ella haga Dios encarnar a su Hijo para que pague las penas del siervo. Ni de la omnipotencia y sabiduría, que supo hallar modo tan admirable de volver por su justicia y misericordia.

D) Misericordias del modo de la redención

Asombró a los antiguos que un esclavo, sabiendo que iban a matar a su amo, se pusiera sus vestidos para morir por él (cf. Valenciano Máximo, 1.6 c.8). 'Pues este tan gran Señor del cielo y tierra no sólo por un esclavo suyo, sino del demonio, y traidor, y enemigo suyo, quiso, humillándose a tomar su forma, morir porque no muriese el hombre infame, y fementido, y sujeto a Satanás...'

a) El ejemplo de los dos tobías

Esto podremos echar de ver por el espanto que causó a los dos Tobías verse librados por un ángel de sus males, cuando supieron que no era hombre, sino espíritu celestial, el que les hizo tanto bien (Tob. 12,16-21). Consideremos, pues, la razón que tuvieron de espantarse, para que por ahí rastreemos cuál debe ser nuestro pasmo y agradecimiento para con un Dios que por sí nos redimió. Estando ciego Tobías y con necesidad que su hijo hiciese una jornada para cobrar una deuda antigua, no sabiendo el modo, se les ofreció un mozo bien dispuesto para acompañar al hijo de Tobías y cuidar de él (ibíd., 5,6). Lo hizo tan bien... y ellos quedaron tan agradecidos, que no sabían qué hacerse con un hombre que les hizo tantos bienes. El darle la mitad de su hacienda lo tenían por muy poco (ibíd., 12,5). Pero cuando supieron que no era hombre, sino ángel del Señor, que se dignó de hacer por ellos tantas finezas, quedaron atónitos y sin pulsos, no sabiendo qué decirse ni qué hacerse, porque les parecía un caso increíble que un espíritu tan grande se dignase de tomar por ellos forma aparente de hombre, e hiciese oficio de criado, y llenase de tantos bienes. Esto juzgaban, como era así verdad, por un exceso de grande caridad y dignación que vencía todo agradecimiento; y así quedaron postrados por tierra, atónitos de tal extremo de benevolencia. Miremos ahora nosotros cuánto excede a todo lo dicho la obra de nuestra redención, así por la persona que la hizo como por los males de que os libró. No fue ángel el que vino a redimirnos, sino el mismo Señor de los ángeles, Dios omnipotente y Creador de todo, el cual no tomó apariencia solamente de hombre, como San Rafael, sino la misma sustancia y naturaleza humana, haciéndose verdadero hombre como nosotros; y no sólo nos libró de una ceguera

del cuerpo, sino de la condenación eterna de alma y cuerpo, y, lo que más es que mil penas del infierno, nos libró de la culpa y de la infinita miseria del pecado, y nos llenó de riquezas, no como quiera, sino de los tesoros del cielo y de su gracia, haciéndonos herederos de su propio reino.

b) Lo que debemos a dios

Por hacernos todos estos beneficios Dios, y no mereciéndolos, sino lo contrario, y que con rayos acabase con todo el género humano, porque le fue traidor y fementido, ¿qué le deberemos? Y que esto lo hiciese por sí mismo inmediatamente, ¿cómo no os pasma y tiene atónitos? ¿Cómo no nos deshacemos en amor y agradecimiento? ¿Pues que, si consideramos que esto no sólo lo hiciese por sí mismo, sino costándole tanto, humillándose, derramando su sangre y muriendo por nosotros? No sé cómo cabe pensar tan estupenda fineza y estar vivos... Querer Dios ser azotado, llagado y descarnado porque el hombre no fuese atormentado; querer morir crucificado porque el hombre no muriese, un extremo de amor es, y una tan estupenda fineza que no se puede imaginar mayor. Oh gran Dios, gran Amador de las almas! ¡Qué bien mostrasteis lo mucho que nos amáis con lo mucho que padecisteis por nosotros! ¿Qué es ese pecho atravesado, esos pies clavados, esas manos horadadas con crueles clavos sino otras tantas bocas que están jurando que me amáis? ¿Qué es ese rostro acardenalado y escupido sino un testimonio cierto de lo mucho que me queréis? ¿Qué son esas espaldas llagadas, sino un indicio claro que me tenéis gran amor? ¿Qué son esas sienes y cabeza lastimadas con tan agudas espinas sino un argumento evidente de que me queréis bien, pues por mi causa padecisteis tan grandes males? Creo, Señor, creo que me tenéis amor; no sea tan a costa vuestra el satisfacerme de vuestra infinita caridad.

Todo esto que hemos dicho de las finezas de Dios en querer padecer por nosotros no es menos porque Dios en cuanto Dios no padeciese, sino en cuanto hombre, ni merece menos agradecimiento porque la Divinidad no sintiese algún tormento, sino sola la Humanidad, porque fue una estupenda fineza de Dios que ya que no pudo ni puede padecer ni sentir dolor en cuanto Dios, con todo eso hiciese todo lo que pudo de su parte (a nuestro modo de entender) para mostrar el deseo que tenía de padecer uniéndose tan íntimamente a la humanidad, como quien dice: Ya yo me pongo a ser capaz de penas, ya que no puedo padecer por ser Dios; pero en el modo que me es posible padeceré, y se dirá que Dios padece y que por mí no queda, pues me uno con quien lleva los golpes de los azotes y de toda la Pasión, con que hago mío este padecer, deleitándome con este gusto, pues me falta el que me dieran los dolores de la Pasión, porque si hallara Dios ser posible algún modo de poder padecer en cuanto Dios, infaliblemente se dejara atormentar y penar, aun mucho más de lo que pasó en cuanto hombre (pues fuera más capaz para sufrir en cuanto Dios si una vez pudiera penar), pero en el modo que es posible

Dios fue azotado, abofeteado y atormentado...'

E) La Eucaristía, compendio de misericordias

'Pero ¿cómo llamaré lo tercero que a esto añadiré, que ni sé si lo llame fineza, o extremo, o embriaguez de amor, cuando después de todo esto te quisiste quedar en pan para mi sustento espiritual y sacrificio continuo que representase tantas veces al día tu Pasión y Muerte? ¿Qué fue esto sino querer continuamente estar muriendo por mí, querer dar tantas vidas, querer padecer tantas muertes cuantas veces son las que se celebra el tremendo sacrificio de la misa? Por una vida que diste por mí, te debo infinitas vidas; por infinitas vidas que quisiste dar por mí, ¿qué te deberé? ¡Oh hermosura divina, y cuántas gracias tienen tus obras, y más en especial ésta de tan gran misericordia y amor, que me lleva el alma y corazón, y quisiera tener millones de almas y corazones con que reconocerla y amarte!'